

843
Ch.

PQ 2207
-CHY
C6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO y C.ª



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

I



principios del verano de 1850, un señor ruso, el conde Kostia Petrovitch Leminof, tuvo el dolor de ver morir de repente, y en la flor de la belleza, á su esposa, que contaba doce años menos que él. Esta terrible pérdida, para la cual no estaba en modo alguno preparado, le causó violenta desesperación, y después de transcurridos algunos meses, buscando distracción á su profundo pesar en largos viajes, abandonó, con intención de no volver nunca más á ellas, sus posesiones de las cercanías de Moscou. Acompañado de sus dos hijos gemelos de diez años de edad, el capellán, que hacía las veces de preceptor y un siervo llamado Iván, se trasladó á Odesa, y allí tomó pasaje á bordo de un buque mercante que partía para la Marti-

nica. Desembarcó en San Pedro y se alojó en una casa aislada, de los alrededores. La profunda soledad de que se rodeó desde un principio no le proporcionó el consuelo que esperaba endulzaría su pesar. No le bastó haber salido de su país; hubiera querido mudar de planeta; quejábese de hallar en todas partes los mismos espectáculos. En ninguna hallaba el olvido de su propia suerte, y en los sitios solitarios por donde paseaba la desesperada inquietud de su corazón, le parecía volver á encontrar los importunos testigos de sus pasadas alegrías y del infortunio en que éstas se habían anegado súbitamente.

Hacia un año que Leminof habitaba en la Martinica, cuando la fiebre amarilla le arrebató uno de sus hijos. Por una extraña reacción de su vigoroso temperamento, se disipó entonces precisamente su negra melancolía, haciendo lugar á la amarga y sarcástica jovialidad que estaba más en consonancia con su carácter. Desde sus primeros años, había mostrado cierto ingenio chancero y burlón, sazonado con la gracia irónica propia de los grandes señores moscovitas, que arguye prolongada costumbre de jugar con los hombres y las cosas. Con todo, su curación no fué tan completa que le permitiese saborear de nuevo las dulzuras del trato. El sufrimiento había amasado en su alma una levadura de misantropía que no se tomaba el trabajo de disimular; su voz trocóse de agradable y cariñosa en áspera y dura, su aspecto era rudo, su sonrisa despreciativa. Todo en él anunciaba á veces una voluntad indomable, que, tiranizada por los acontecimientos, se disponía á tomar el desquite sobre los demás hombres.

Por muy terrible que pareciese á sus acompañantes, el conde Kostia era un diablo civilizado. Así fué que, después de permanecer tres años bajo el cielo de los trópicos, volvió á suspirar por la vieja Europa y se plantó de repente en Lisboa. Atravesó Portugal, España, el mediodía de Francia y Suiza. En Bâle tuvo conocimiento de que á

orillas del Rhin, entre Coblenza y Bona, en un sitio bastante aislado, estaba en venta un antiguo castillo. Se trasladó á él, y compró el antiguo edificio y las tierras anexas sin tomarse el trabajo de regatear el precio, ni de hacerse



cargo de sus dominios. Una vez cerrado el trato, dispuso con toda actividad la ejecución de algunas obras de reparación urgente en uno de los cuerpos del edificio de que se componía su destartalado castillo, conocido con el imponente calificativo de fortaleza de Geierfels, y no tardó

en instalarse allí, prometiéndose pasar el resto de su vida en aquel tranquilo retiro, entregado á la ciencia.

El conde Kostia era hombre de talento vivo y agudo, que había fortalecido con el estudio. Había sido siempre amante apasionado de las investigaciones históricas; pero de nada sabía ni quería saber más que lo que los ingleses llaman *the matter of fact*. Profesaba un profundo desprecio por las ideas y las abandonaba de buen grado á los soñadores; burlábase de todas las teorías abstractas y de los cándidos que las toman por lo serio; sostenía que todo sistema no es más que un despropósito razonado, y las únicas locuras perdonables las que se aceptan por lo que son en sí; para él, sólo era propio de pedantes atiborrarse de teoremas. En general, la pedantería era á sus ojos el vicio menos excusable, y por tal comprendía la presunción de remontarse al principio de las cosas, «como si las cosas tuvieran principios, y la casualidad se sometiera al cálculo.» Esto no le impedía, por supuesto, que derrochara mucha lógica en demostrar que no la hay ni en la naturaleza ni en el hombre. Inconsecuencias son estas que los escépticos no piensan en reprocharse, ocupados toda su vida en razonar contra la razón. En una palabra, el conde Kostia no respetaba más que los hechos; según su opinión, bien mirado no había otra cosa en el mundo, y el universo, concebido en conjunto, era una colección de accidentes en oposición continua.

Miembro de la *Sociedad de Historia y Antigüedades* de Moscou, había publicado en otro tiempo importantes memorias sobre las antigüedades eslavas y algunos puntos controvertidos de la historia del Bajo-Imperio. Apenas instalado en Geierfels, se ocupó en reconstituir su biblioteca, de la cual se llevó una pequeña parte á la Martinica. Expidió orden á Moscou para que le remitieran la mayor parte de los libros que había dejado allí, é hizo al mismo tiempo importantes pedidos á varios libreros de Alemania. Cuando su *serrallo* (esta era su palabra) estuvo casi com-

pleto, se abismó de nuevo en el estudio, y en particular en el de su querida *Byzantina*, de la que tenía el honor de poseer la edición del Louvre en treinta y seis tomos en folio, y poco después concibió el ambicioso proyecto de escribir una historia completa del imperio bizantino desde Constantino el Grande hasta la toma de Constantinopla. Preocupóle tanto su gran pensamiento, que casi no comía ni bebía; á medida que adelantaba en sus investigaciones, le espantó más y más la inmensidad de la empresa, y de aquí que se le ocurriera procurarse un auxiliar inteligente, al cual encomendar una parte de su pesada tarea. Como se propuso escribir en francés su voluminosa obra, en Francia debía buscar el *útil viviente* que le hacía falta, y confió su pensamiento al doctor Lerins, uno de sus antiguos conocidos de París. «Hace cerca de tres años, le escribió, habito en un verdadero nido de buhos, y os quedaré sumamente reconocido si me proporcionáis una ave-cilla nocturna que fuese capaz de permanecer dos ó tres años en una miserable topera sin morir de fastidio. Fijaos en lo que digo: necesito un secretario que no se contente con tener buena mano para escribir el francés un poco mejor que yo; quisiera un filólogo consumado y un helenista de primera fuerza, un hombre de esos que no escasearán en París, nacido para académico, y á quien el encadenamiento de causas secundarias contraría la vocación. Si conseguís descubrir y proporcionarme ese precioso compañero, le daré la mejor habitación de mi castillo y doce mil francos de sueldo. Mucho desearía que fuese despejado. De su carácter nada digo; ya me hará, si quiere, el obsequio de tener el que á mí me convenga.»

M. Lerins tenía relaciones de amistad con un joven lorenés llamado Gilberto Savile, sabio de gran mérito, que algunos años antes había salido de Nancy para ir á París á probar fortuna. Á los veintisiete de su edad, había tomado parte en un concurso abierto por la Academia de las Ins-

cripciones, con una *Memoria* sobre la lengua etrusca que obtuvo el premio, y que fué declarada por unanimidad obra maestra de erudición. Aguardó durante algún tiempo que este brillante éxito, que le había dado nombradía entre los hombres sabios, le ayudara á obtener algún puesto lucrativo y á salir de la precaria situación en que se hallaba. No fué así. Su mérito hizo que fuera estimado; sus modales y su trato encantador le ganaron muy buenos amigos, sus relaciones eran numerosas; se veía bien acogido y acariciado en todas partes. Obtuvo, hasta sin solicitarlo, la entrada en algunos salones, donde se codeaba con hombres que estaban en posición de serle útiles y asegurar su porvenir. Todo esto sin embargo de nada le servía; el empleo no llegaba. Lo que más le perjudicaba, era la independencia de carácter y de opiniones que tenía en la masa de la sangre. Á simple vista, se adivinaba en él á un hombre incapaz de dejarse atar las manos, y la única lengua que este hábil filólogo no pudo aprender era la jerga insustancial que se usa en las tertulias. Añadiremos á esto que Gilberto era un alma contemplativa y por tanto orgullosa é indolente. Dar pasos, agitarse, solicitar, era para él un suplicio. Se podía dar al olvido impunemente cualquiera promesa que se le hubiera hecho, porque era hombre incapaz de recordarla. Por otra parte como no se quejaba jamás, nadie caía en la tentación de compadecerle. En una palabra, entre las mismas personas que hubieran llegado á abrigar la intención de protegerle, y contribuir á su elevación, unas decían sin pensar: «¿Qué necesidad tiene de nuestra protección? Hombre tan notable no necesita el auxilio de nadie.» Otros pensaban sin decirlo: «Mucho cuidado; éste es otro Letronne. Una vez ponga el pié en el estribo, sabe Dios hasta dónde llegará.» Otros en fin decían y pensaban: «Este joven es encantador. ¡Es tan discreto!.. no se parece á fulano ni á zutano...» Indiscretos que estaban empleados.

Las dificultades de su existencia habían vuelto á Gilber-

to serio y reflexivo, sin que por eso se le oprimiera el corazón ni se apagara el fuego de su mente. Era demasiado juicioso para rebelarse contra la suerte, pero estaba decidido á permanecer superior á ella.

—Eres lo que puedes—decía dirigiéndose al destino; —pero no te vanaglories de que servirás de medida á mis pensamientos.

Gilberto tenía un carácter muy singular. Cuando había sufrido algún disgusto ó decepción, cuando veía desvanecida alguna grata esperanza, cuando alguna puerta entreabierta se le cerraba de repente, abandonaba por algunas horas sus habituales ocupaciones, se iba á herborizar por los alrededores de Paris, y esto era bastante para que lo diese todo al olvido.

Después de haber leído la carta de M. Leminof, el doctor Lerins fué á encontrar á Gilberto: le hizo un retrato del conde Kostia tal como se lo representaban sus recuerdos un tanto lejanos, y hasta le invitó, antes de adoptar una resolución, á pesar con madurez el pro y el contra; pero en el momento de separarse de su joven amigo:

—Después de todo, creo que rehusará—dijo para sí; —esto sería una fortuna demasiado inesperada para ese boyardo! De su rostro de moscovita, sólo recuerdo un enorme par de cejas, más espesas y altaneras que nunca; tal vez todo quede reducido á eso. ¡Hay algunos hombres que no tienen más que cejas! ¡Qué contraste con mi querido Gilberto! Esa mezcla de fuerza y dulzura que se advierte en él, la nobleza de su rostro, la frente ancha y despejada, sus grandes ojos azules en los que se pinta tan benévola curiosidad, ese aire de grave recogimiento, agraciado por una sonrisa fresca y juvenil que está en consonancia con la limpidez de la mirada; la voz pura, sonora y franca, un tanto armónica, que sabe imprimir á las emanaciones del espíritu una especie de acento salido del corazón... ¿qué hará de todo eso el conde Kostia? No niego que á veces sabía mostrarse amable, gracioso, se-

ductor; pero en el fondo se ocultaba su rapacidad. No hay duda; entregarle nuestro Gilberto, sería arrojar una perla entre las patas de un leopardo!

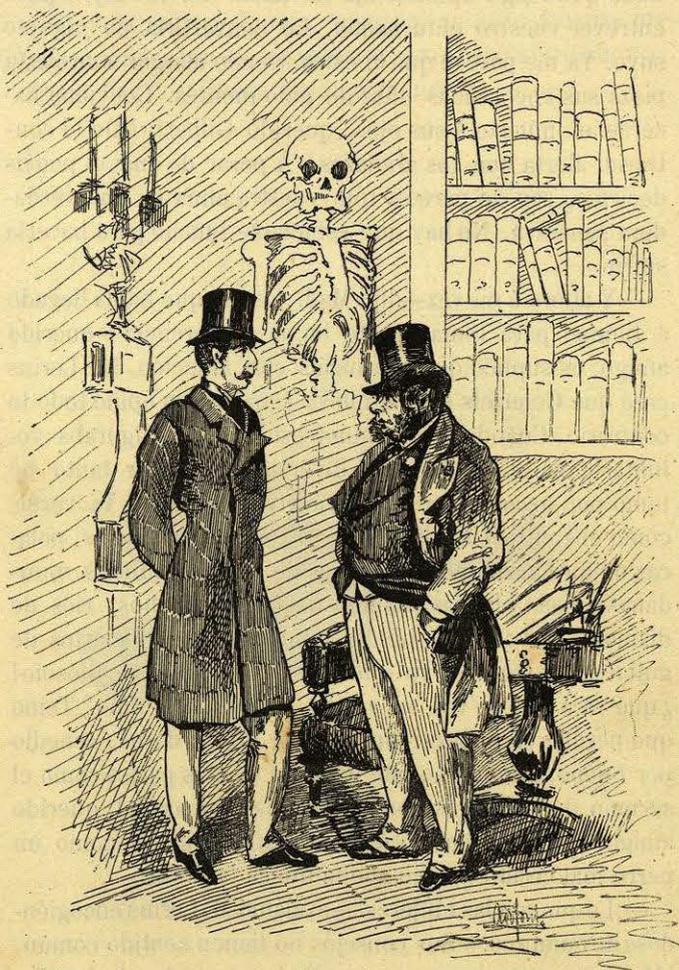
Así raciocinaba M. Lerins; pero dos horas después Gilberto recibió una carta que le decidió á partir á Geierfels. Se la había escrito uno de los conservadores de la Biblioteca imperial, anunciándole que acababan de adjudicar una plaza vacante en el negociado de los manuscritos á un competidor suyo, mucho menos recomendable por su mérito, pero sin duda nacido con mejor estrella. Los últimos renglones decían así: «No os desaniméis; lleváis el bastón de mariscal en la cartuchera. Un hombre como vos tiene asegurado su porvenir.»

—Me estarán repitiendo eso hasta la víspera de mi muerte!—se dijo á sí mismo Gilberto irguiendo la cabeza; y sin dilación corrió á casa de M. Lerins.

El doctor intentó quebrantar su resolución; luégo viendo que era tiempo perdido:

—Querido Gilberto—acabó por decirle:—ya que estáis decidido, permitidme que os dé algunos consejos al parecer insignificantes. Á ese gran señor moscovita con quien vais á vivir mano á mano en su silvestre retiro, tengo el honor de conocerle, y, según creo, muy á fondo. Os ruego que no os dejéis dominar por la gracia de su talento ni la seducción de sus modales. Por el amor de Dios, no os vayáis á preñar de ese hombre, no le déis ni la cien milésima parte de vuestro corazón; todo eso perderíais, y más adelante tendríais el pesar de llamaros á engaño... Luégo ya podéis figuraros, que si da un sueldo de doce mil francos á su secretario, es porque piensa ser muy exigente con él. Dádiva por dádiva, ojo por diente. No echéis en olvido ese párrafo de su carta: «Ese joven pájaro nocturno me hará el favor de tener el carácter que á mí me convenga.» El conde Kostia os exigirá doce mil francos de abnegación. ¿Estáis al cabo?... No hay que desperdiciar nada. Os pido por favor que seáis consecuente, y después de haber

aceptado la proposición no vayáis á solicitar alguna rebaja. Tales argucias no darían resultado y padecería vuestra



dignidad. Este es mi segundo consejo; ahora os daré el tercero, porque siempre es bueno hablar de todo con el orden debido. El buen señor está desengañado de todo, es el rey de los escépticos, y habéis de saber, amigo mío, que

el descreimiento de un ruso adquiere proporciones indecibles. Es hombre que no cree en nada y hasta dudo que tenga opinión fija de nada. No le dejéis pues entrever vuestro entusiasmo. Lo convertiría en juguete suyo. Ya me parece que le estoy viendo alargar sobre esta pieza sus encorvadas uñas de gato montés. Conviene hacerse el muerto á sus ojos, querido Gilberto! De lo contrario, alerta con los arañazos! Á pesar de cuanto podáis decirme, soy de parecer que vuestra alma es una verdadera sensitiva. No hay que esforzarse mucho para hacerla sufrir.

—Y ahora á mi vez—dijo Mad. Lerins que había llegado á tiempo para tomar parte en la conferencia—querido amigo, os suplico que me oigáis con atención. M. Lerins cree que Geierfels es una nueva Tebaida; yo opino todo lo contrario. Cuando M. Leminof estaba aquí, figuraba voluntariamente en nuestras diversiones, y por tanto no tomo por lo serio su afición á vivir retirado. Ya veréis cómo encontraréis allí fiestas, regocijos, cabalgatas, polacas de aire gazmoño, princesas de teatro, bellezas mundanas, rosas blancas, sombreros con penachos, rios de diamantes, aventuras, billetes almibarados, conciertos de guitarra... ¿y qué sé yo qué más? ¡Ah! ¡pobre filósofo! ¿qué va á ser de vos en medio de ese torbellino? Temo que perdáis la cabeza; un consejo voy á daros; tenedlo por bueno, aunque no esté dividido en tres partes como el sermón de M. Lerins:—no cometáis la necedad, querido amigo, de arrojar el corazón al mundo que es como un perro mal criado que no suelta nunca la presa.

—¡Lo que son las mujeres!—exclamó M. Lerins encogiéndose de hombros.—Sus consejos no tienen sentido común. ¡Mi mujer raciocina como aquella buena madre de familia, cuyo hijo partía para ir á trabajar en unas minas, y le ponía en la maleta un preservativo contra las insolaciones!

Gilberto no podía menos de observar que le aconsejaban demasiado, y que Boileau era hartamente indulgente cuando

decía: «*Hay que preferir siempre un consejo á una alabanza.*»

—Si alguna belleza me destroza el corazón, contestó riendo á la señora Lerins, recogeré cuidadosamente los pedazos, os los traeré, los juntaré, y me haréis otro nuevo.

Ocho días después se puso en camino.

